

— E S P E C I A L —

150 AÑOS COMUNA DE PARÍS



ÍNDICE

- 01** **LA COMUNA DE PARÍS:** **3**
EL PRIMER GOBIERNO DE LA CLASE OBRERA
Iñaki Bayón
- 02** **EN MEMORIA DE LA COMUNA** **12**
V.I. Lenin
- 03** **LAS LECCIONES DE LA COMUNA** **16**
León Trotsky
- 04** **LA BATALLA DE MARX** **21**
POR GANAR A LA PRIMERA INTERNACIONAL
PARA EL COMUNISMO
Francesco Ricci

Ensayo traducido del original en italiano, publicado en la revista del Partido de
Alternativa Comunista (PdAC), Trotskismo Oggi.

Traducción: Natalia Estrada.
- 05** **LAS PÉTROLEUSES:** **23**
LAS MUJERES QUE “INCENDIARON” LA COMUNA
Laura Sguazzabia

Traducción al portugués del original en italiano: Maria Teresa Albiero e Alberto
Albiero.

Traducción del portugués al castellano: Natalia Estrada.

01

La Comuna de París: EL PRIMER GOBIERNO DE LA CLASE OBRERA

Iñaki Bayón



La Comuna de París fue el primer gobierno de la historia dirigido por la clase obrera. Su corta experiencia entre el 18 de marzo y el 28 de mayo de 1871 era fruto de la revolución que nació de una guerra y del asedio de la ciudad.

K. Marx la definió en su obra *La guerra civil en Francia*: “La Comuna **fue esencialmente un gobierno de la clase obrera**, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo”.

E. Hobsbawm en *La era del capitalismo* la describió de la siguiente manera:

“La Comuna fue extraordinaria, heroica, dramática y trágica, pero breve en términos de realidad, y según la mayoría de observadores serios un gobierno sentenciado e insurrecto de los trabajadores de una sola ciudad, **cuyo mayor logro radica en ser realmente un gobierno**, aunque durara dos meses”.

Lenin tuvo como referente a la Comuna hasta el punto de afirmar cuando el gobierno soviético la superó en longevidad: “Hemos durado más que la Comuna”.

El descontento de los ciudadanos parisinos iba creciendo empujado por el hambre que sufría la población debido al asedio, por los bombardeos continuos de la artillería prusiana sobre la

ciudad, por el anhelo de dotarse de un gobierno autónomo elegido por los ciudadanos, que ya existía en el resto de ciudades francesas, y por la búsqueda de un sistema económico más justo e igualitario. Este descontento condujo a un levantamiento popular, el cual se convirtió en una revolución.

J Fontana en “Capitalismo y democracia, 1756-1848. Como empezó este engaño” definió el hecho diferencial para que un movimiento popular se pudiese considerar una revolución.

“Lo que es realmente importante para que un movimiento desembogue en una revolución es que **las ideas sean asumidas por un grupo importante que aspira a dirigirla**”.

Los antecedentes de la Comuna



La Guerra franco-prusiana había comenzado el 19 de julio de 1870 teniendo como causa principal la ruptura del equilibrio de poder establecido en el Congreso de Viena tras las guerras napoleónicas, y como consecuencias inmediatas trajo en Francia la desaparición del Régimen imperial francés de Napoleón III y el advenimiento de la III República francesa, y en Alemania la proclamación del Imperio alemán

tras la victoria rápida de Prusia y de sus aliados.

Después de la derrota del ejército imperial francés en la batalla de Sedán los días 1 y 2 de septiembre de 1870, tanto el ejército como el emperador francés fueron capturados por los prusianos. El Régimen napoleónico cayó y los diputados republicanos **proclamaron la III República** el 4 de septiembre, nom-

brando un gobierno provisional de defensa nacional encabezado por L.J. Trochu. El gobierno provisional continuó con la guerra y se refugió en Burdeos. El ejército prusiano derrotó al ejército que Gambetta, ministro de Interior y de la Guerra, había reorganizado y sitió al ejército imperial en Metz, hechos que precipitaron la dimisión del gobierno provisional y la **convocatoria de elecciones**.

El 18 de enero fue proclamado Guillermo I emperador alemán en el Salón de los Espejos de Versalles. El **armisticio** entre ambos estados fue firmado el 26 de enero también en Versalles por L.A. Thiers y O. Bismarck. Bismarck exigió la rendición de las plazas fortificadas que existían alrededor de París, el desarme de la Guardia Nacional, la posibilidad de entrar en la capital, una compensación económica de 200 millones de francos y la entrega de los territorios de Alsacia y Lorena.

Mientras, la **Guardia Nacional** en solitario había estado defendiendo la ciudad de París de las tropas prusianas. Desde el 19 de septiembre hasta el 28 de enero de 1871 París había sido asediado por el ejército prusiano y ya en octubre se produjeron manifestaciones contra el gobierno provisional.

Las **elecciones** celebradas en Francia el 8 de febrero para la **Asamblea Nacional** dieron la mayoría a los monárquicos. Los legitimistas (monárquicos partidarios de la casa de Borbón) obtuvieron 182 escaños, los bonapartistas 20, los orleanistas (monárquicos partidarios de la Casa de Orleans) 214, los liberales 72, los republicanos modera-

dos 112 y los republicanos radicales 38. Sin embargo en París el voto mayoritario fue a parar a los republicanos radicales.

El 17 de febrero Thiers fue nombrado **presidente de la República** y el 1 de marzo impuso su postura de votar a favor de la paz. El ejército prusiano entró en 3 distritos de París ese mismo 1 de marzo de forma testimonial, y abandonó la urbe inmediatamente después sin que se produjeran incidentes. La Guardia Nacional había recomendado a la población que permaneciera en sus casas y los cañones de los que disponía los habían escondido previamente en Montmatre y en Belleville.

En ese momento, la **Guardia Nacional**, milicia de ciudadanos creada para mantener el orden en tiempos de paz que había nacido durante la Revolución francesa, contaba en sus filas con más de 200.000 miembros. Desde 1870 había aumentado de forma considerable el número de batallones, pasando de 60 a 254. La Guardia Nacional elegía a sus propios oficiales y disponía de cañones y ametralladoras fabricados en París y pagados por suscripción pública.

En febrero de 1871, 2.000 delegados de la Guardia Nacional parisina habían elegido un **Comité Central** compuesto por 32 miembros que votó unos nuevos estatutos para reorganizarse y aprobó la negativa al desarme demandado por el ejército prusiano.

El 3 de marzo Thiers nombró a un general monárquico comandante en jefe de la Guardia Nacional, lo que fue interpretado como una provocación. Mien-

tras, **el gobierno republicano se instaló en Versalles** desde el 10 de marzo, aunque Thiers se trasladó a París ante la negativa de la ciudad de París a rendirse.

La Asamblea Nacional por su parte decretó el fin de la moratoria de las deudas y alquileres conduciendo a muchos talleres y muchas tiendas a la quiebra, y suprimió el salario de los guardias nacionales llevando a sus familias a la miseria.

El general J Vinoy, comandante del ejército en París, cerró 6 periódicos republicanos y condenó a muerte a A. Blanqui y a G. Flourens por haber participado en las revueltas de octubre de 1870 contra el gobierno rovisioanl, aunque ninguno de los dos se encontraba en la ciudad.

La Comuna

El **18 de marzo** Thiers ordenó a las tropas regulares, las cuales se nutrían de soldados por reclutamiento forzoso, apoderarse de los cañones que la Guardia Nacional había guardado en Montmetre, Bellville y el parque de Buttes Chaumont. Las mujeres, que se asociarían en la Unión de Mujeres, se interpusieron en el camino de los soldados, y estos en lugar de disparar, fraternizaron con la población. Sus propios soldados detuvieron al general C.M. Leconte que había dado orden de disparar y le tiraron de su caballo. Este general fue fusilado, contra el criterio del comité del distrito, junto al general Clément Thomas, antiguo comandante de la Guardia Nacional y responsable de la represión tras la derrota de la Revolución de 1848.



August Blanqui, referente del anarquismo francés. El periódico que fundó en 1880 marcó un lema anarquista para la posteridad: **“Ni dios ni amo”**

Tras los hechos, **Thiers dio orden de evacuar de la capital** a los soldados regulares y al personal que trabajaba en la Administración del estado, y junto a ellos abandonaron la capital gran parte de los residentes de los barrios burgueses. En total alrededor de 100.000 personas se dirigieron a Versalles. La retirada fue tan caótica que dejaron atrás varios regimientos cuyos oficiales fueron hechos prisioneros.

El Comité Central de la Guardia Nacional renunció al poder y convocó **elecciones al Consejo municipal** para el 26 de marzo. En los distritos burgueses votó menos del 40%, mientras que en los distritos populares alrededor del 62%. El Consejo formado por 92 miembros fue ocupado por 21

obreros, 13 artesanos, 28 pequeños comerciantes, 30 profesionales que abarcaban diferentes tendencias políticas como republicanos jacobinos autocríticos y centralistas, socialistas que querían desarrollar comunas federadas, anarquistas, proudhonianos, blanquistas, marxistas. Como **presidente del consejo municipal eligieron a A Blanqui**, pero todo el tiempo que duró la Comuna permaneció encarcelado. Blanqui se había refugiado en el campo tras su condena hasta ser encarcelado el 17 de marzo en una prisión por haber participado en la revuelta del 31 de octubre que intentaba derrocar al gobierno provisional.

A pesar de la espantada del personal que trabajaba en la Administración, el gobierno de la Comuna consiguió **mantener funcionando los servicios públicos esenciales**. El Ayuntamiento asumió el papel de registro civil, intendencia de la Guardia Nacional, policía revolucionaria y registro de las denuncias que ponían los ciudadanos contra burgueses e insumisos.

Además el gobierno comunero legisló diferentes **decretos** que en su mayoría no pudieron aplicarse. Leó Frankel, socialista judío miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores y enviado por Marx a la Comuna, estuvo tras las reformas sociales y fue el portavoz de la clase obrera. Favoreció la emancipación económica de las mujeres, la prohibición de trabajo nocturno de los panaderos e impulsó la creación de cooperativas.

Los decretos promulgados por el gobierno comunero tenían carácter económico, social, educativo, cultural y hasta simbólico en algunos casos:

- La **congelación de las rentas** hasta el fin del asedio militar.
- El perdón de los **alquileres impagados**.
- La **concesión de pensiones** para las viudas y huérfanos de los miembros de la Guardia Nacional muertos, 11 de abril.
- La **devolución gratuita de las herramientas** y objetos empeñados en el Monte de Piedad.
- La **demora en la devolución de las deudas** contraídas y la abolición de los intereses.
- La **prohibición de imponer multas** y reducciones salariales.
- La **autogestión de las fábricas** abandonadas por los propietarios burgueses, 16 de abril.
- La **prohibición del trabajo nocturno** en las panaderías.
- La **creación de guarderías** para los hijos de las obreras.
- La propuesta de **separar la Iglesia del Estado** pasando todas las propiedades a titularidad estatal y excluyendo la religión de las escuelas.
- La **apertura de las iglesias** a los ciudadanos para realizar las **asambleas políticas** de vecinos.
- La **abolición de la guillotina** con la quema de la misma públicamente.



Leó Frankel, marxista, miembro del Consejo de la Comuna y de la Guardia Nacional

- El **derrumbamiento** de la columna Vendôme.
- La **demolición** de la residencia de Thiers.
- La **adopción del calendario de la Revolución francesa y de la bandera roja** en detrimento de la tricolor.
- La creación de asociaciones para promover la **cultura**: teatros y bibliotecas.



Elisabeth Dmitrieff



Nathalie Lemel



Louise Michel

Un aspecto relevante de la Comuna fue que los miembros del Consejo municipal eran delegados y no representantes, por lo que existía el **principio de revocabilidad** por parte de los electores. Las funciones que desempeñaban eran tanto de carácter ejecutivo como de carácter legislativo.

Las **asambleas locales de los distritos** parisinos pusieron en marcha sus propias políticas, las cuales normalmente fueron más revolucionarias que las medidas reformistas del Consejo de la Comuna.

Por su parte el **papel de las mujeres** tuvo especial relevancia. Se asociaron en la **Unión de Mujeres**, presidida por Elisabeth Dmitrieff, activista de origen ruso enviada a la Comuna por Marx. En un comienzo las funciones desempeñadas fueron de enfermería y cantina dentro de la Guardia Nacional, pero no se resignaron y cientos de ellas reclamaron armas al Ayuntamiento para defender las barricadas durante la Semana Trágica. En la barricada de la Plaza Blanche participaron decenas de muje-

res, entre ellas Louise Michel, educadora seguidora por entonces de Blanqui, que en su exilio en Nueva Caledonia acabaría por abrazar las ideas anarquistas, y Nathalie Lemel, encuadernadora de ideas anarquistas.

Desde el 2 de abril el ejército de Thiers, reforzado por los prisioneros que habían puesto en libertad los prusianos, pasó de 40.000 a 130.000 miembros, e inició el **asedio y bombardeo constante de París**.

La derrota y la represión

El 21 de mayo el **ejército regular entraba a la ciudad** por una puerta occidental de la muralla, zona donde se encontraban los barrios burgueses. Delescluze, el comandante de la Guardia Nacional quien había sustituido a Cluseret tras la caída del fuerte de Issy, abandonó la resistencia organizada. Se hizo un llamamiento a la defensa popular. El 22 de mayo en las zonas conquistadas por parte del ejército

Como consecuencia, el 6 de abril se promulgó un **decreto para arrestar y juzgar a los contrarrevolucionarios**, quienes hasta entonces habían campado con plena libertad por la ciudad realizando actos de espionaje y sabotaje. La medida decretaba que se ejecutaría a 3 prisioneros por cada comunero muerto, pero nunca sería aplicada, a excepción de en la Semana Trágica cuando algunos rehenes sufrieron la ira popular. Entre el 23 y el 26 de mayo la Comuna fusiló a 74 contrarrevolucionarios.

comenzaron los asesinatos de los comuneros prisioneros. Los distritos combatieron de forma independiente, lo que favoreció el rápido avance del ejército regular. Las reformas urbanísticas, que habían consistido en abrir anchos bulevares durante el gobierno de Napoleón III para reprimir de forma más sencilla los levantamientos, también jugaron en contra de los intereses de la Comuna.

Del 21 y 28 de mayo se produjo la **Semana Sangrienta** en la que el ejército gubernamental hizo una demostración de crueldad. La lucha se llevó a cabo calle por calle. Entre el 22 y el 27 de mayo, y ante el avance de las tropas regulares, algunos miembros de la Comuna comenzaron a incendiar los edificios que simbolizaban el poder y el gobierno utilizando para ello bidones de petróleo.

Con ellos se encontraban las **petroleuses**. Entre los edificios incendiados estuvieron el Palacio de la Tullerías, residencia real desde Enrique IV; la Biblioteca imperial del Louvre; el Palacio de Justicia; el Palacio de Orsay; el Ayuntamiento; archivos; teatros; iglesias, cuarteles; casas. El palacio de Louvre y la catedral de Notre Dame también fueron incendiados, pero los fuegos fueron sofocados. No todos los incendios fueron provocados por los comuneros, si no que algunos de ellos fueron causados



Palacio de las Tullerías; vista del interior destruido

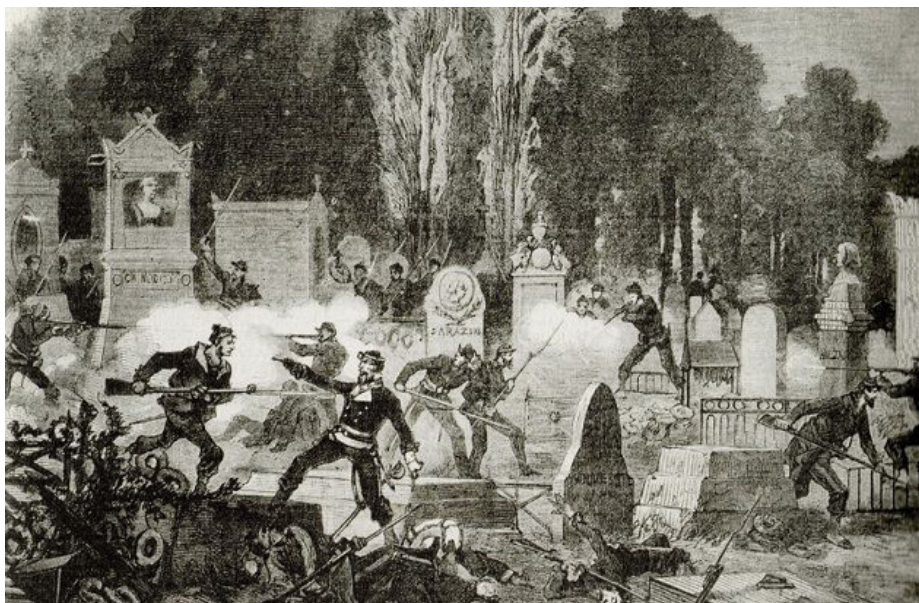
por la artillería del ejército gubernamental.

La mayor resistencia a las tropas regulares se produjo en los barrios del este de la ciudad, especialmente en Bellville y Ménilmontant. El Consejo de la Comuna abandonó el Ayuntamiento tras incendiarlo y se re-

tiraron al distrito de Mairie du Xle dónde la Comuna se reunió por última vez el 25 de mayo. Allí Deslecluze fue abatido al subirse a una barricada. El asalto concluyó el 27 de mayo a las 4 de la tarde en la calle Ramponeau en el distrito de Bellville, cuando cayó la última barricada defendida por el último comunero.



Estado en el que quedó el **Salón principal del Palacio de las Tullerías**



Cementerio Père Lachaise, 28 de Mayo del 1871

Las tropas gubernamentales dirigidas por el mariscal MacMahon, quien acabaría siendo presidente de la República tras Thiers, derrotaron a las columnas comuneras. En Versalles y en las localidades cercanas a París se abrieron campos de concentración. La **represión** había comenzado en el mismo campo de batalla donde se ejecutó a miles de prisioneros. Los sobrevivientes fueron a Versalles. Allí fueron vejados por la población burguesa huída de París desde los heridos hasta los cadáveres, como el del general G. Fleuriers..

La población civil no escapó de la represión, y fueron asesinados miles de ciudadanos desarmados sin discriminar entre mujeres, hombres y niños, entre los que se encontraban las petroleras. Las mujeres fueron obligadas a desfilan desnudas por las calles de París. Hubo ejecuciones sumarísimas sin juicio previo en grupos de 10 personas junto al Muro de los Comuneros del cementerio de Père Lachaise. Los heridos del hospital de Saint Sulpice fueron masacrados

por el general Lacratelle y los habitantes de una barriada por el general Bocher. Se realizaron enterramientos en Saint Jacques de comuneros vivos.

El **coste de vidas** fue muy desigual. Las bajas del ejército gubernamental se estimaron alrededor de 1100 entre muertos y desaparecidos, a los que habría que sumar algo menos de 100 represaliados por la Comuna. Por su parte, la bestial y cruel represión gubernamental se calcula que significó entre 20.000 y 30.000 muertos según los cálculos más conservadores y 50.000 según otros cálculos. A los asesinados habría que sumar 43.522 detenidos oficiales con 13.450 sentencias firmes (157 mujeres y 80 niños), 6000 comuneros exiliados y 7.000 comuneros deportados a Nueva Caledonia. En París se decretó la Ley Marcial durante 5 años y la represión se extendió hasta el año 1874. La amnistía no llegaría hasta 1880.

La Semana Trágica fue una **actuación de castigo y venganza planificada** desde las más altas

esferas y perpetrada por los generales de más alta graduación. Los generales Courtot de Cisse, comandante del segundo cuerpo del ejército, y Felix Vinoy, comandante del ejército de reserva, destacaron por ser los más atroces y sanguinarios entre los militares.

Pocos comuneros escaparon a la crueldad y la represión. Uno de los que lograron escapar fue Eugène Pottier, quien se exilió primero en Inglaterra y después en Estados Unidos. Pottier, escritor, luchador incansable y miembro electo en la Comuna, escribió una obra llamada "Cantos revolucionarios" de donde se cogería el texto de La Internacional que se convertiría en el himno de los partidos comunistas y socialistas. Lenin diría de él: "Pottier murió en la miseria, mas dejó levantado a su memoria un monumento imperecedero. Fue uno de los más grandes propagandistas por medio de la canción".



Eugène Pottier

Conclusiones



Muro de los Federados del Cementerio del Père-Lachaise de París. En ese lugar, el 28 de mayo de 1871, 147 federados, combatientes de la Comuna de París fueron fusilados y echados a una fosa abierta al pie del muro.

Algunas de las razones del **fracaso de la Comuna** las podemos encontrar en los escritos de diferentes pensadores y autores que analizaron el papel jugado por ella:

O. Lissagaray, quien participó activamente en los combates en el distrito 11 y en Bellville, escribió *La Comuna de París* con ayuda en la recopilación de textos y en la traducción al inglés de la que fuera su compañera Eleanor Marx, tercera hija de Karl. Afirmaría que “mientras la comuna estaba de fiesta y celebrando sus moderadas reformas, Versalles sólo pensaba en desangrar París”.

Su afirmación puede verse respaldada en el hecho de que la Comuna no hizo uso de los 3 mil millones de francos que ha-

bía depositados en el Banco de Francia, únicamente solicitó anticipos por 17 millones de francos, mientras que el Banco concedió a Versalles 257 millones de francos.

Marx y Engels en el prefacio a la última edición alemana del *Manifiesto Comunista* fechado el 24 de junio de 1872 dijeron: “La Comuna ha demostrado, sobre todo que la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”.

Lenin achacaría el fracaso de la Comuna a las condiciones de desarrollo de la clase obrera, a la inexistencia de un partido obrero que dirigiese la revolución y a la falta de tiempo para desarrollar sus políticas.

El **legado** que nos dejó la Comuna:

En boca de Thiers, el máximo responsable de la contrarrevolución y la represión, fue que: “hemos liquidado la posibilidad de revolución por tres generaciones”.

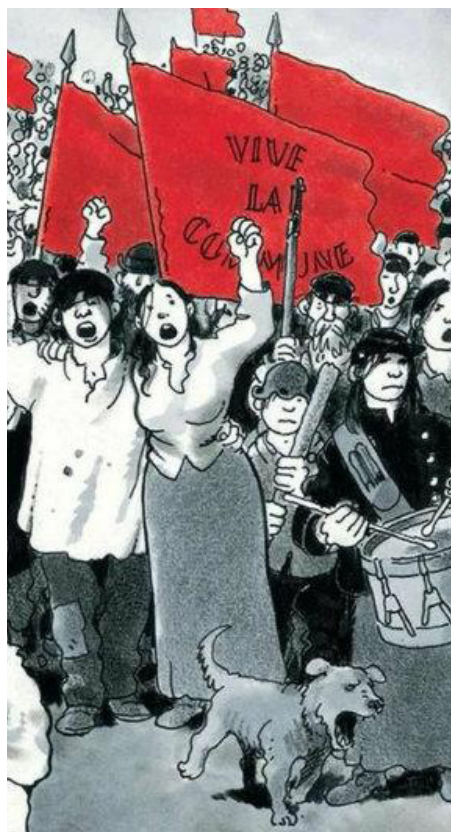
Para Hobsbawm sin embargo su legado supondría algo radicalmente opuesto: “la Comuna de París no fue tan importante por lo que consiguió como por lo que presagiaba; fue más formidable como símbolo que como hecho”.

En opinión de Trotsky, en la línea de definir la Comuna como una Revolución socialista pero no marxista, relataría: “Podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección:

es necesaria la enérgica dirección de un partido”.

Aunque a la par reconocía su importancia histórica: “La Comuna de París fue como un relámpago, el anuncio de una revolución proletaria mundial”.

Podemos afirmar que la Comuna fue el primer gobierno de la clase obrera en la historia salido de una revolución popular, que quiso establecer un gobierno socialista de carácter cooperativista, aunque no marxista, y que seguramente estaba condenada desde su inicio al fracaso por la inexistencia de un partido del proletariado que dirigiese dicha revolución. La mayor enseñanza que nos legó fue su experiencia como gobierno en la práctica que sirvió de modelo a los bolcheviques, especialmente a Lenin, para desarrollar la dictadura del proletariado que Marx había simplemente apuntado en sus escritos.



Bibliografía para ampliar información

Fontana, J., & Furió, S. (2019). Capitalismo y democracia 1756–1848: Cómo empezó este engaño.

Hobsbawm, E. (2019). La era del capital, 1848–1875.

V Lenin (1908) Enseñanzas de la Comuna.

V Lenin (1911) En memoria de la Comuna.

V Lenin (1917) El estado y la revolución

V Lenin (1918) La Revolución proletaria y el renegado Kautsky.

O. Lissagaray (1876) La historia de la Comuna de París

K Marx (1871) La guerra civil en Francia.

Documental

La Comuna (París 1871), de Peter Watkins
Disponibile en YouTube.

El documental de ficción se divide en dos partes (4 capítulos) que en total suman 345 minutos de metraje sobre la Comuna. Los hechos aparecen narrados de forma anacrónica, autoreflexiva, enfatizando el éxtasis revolucionario y criticando las formas académicas del cine y de la televisión, así como la táctica uniformizadora del pensamiento único impuesto por la clase dirigente. La primera parte narra el empuje revolucionario de los protagonistas, quienes en su mayoría son interpretados por actores no profesionales pero comprometidos políticamente,

los cuales han participado en el desarrollo de sus personajes. Los hechos históricos se mezclan con las demandas actuales. La segunda parte se centra principalmente en los debates entre los protagonistas sobre los aspectos históricos de la Comuna.



La Comuna de París. Primera Parte.

02

En memoria de la Comuna

V.I. Lenin (1911)



Han pasado cuarenta años desde la proclamación de la Comuna de París. Según la costumbre establecida, el proletariado francés honró con mítines y manifestaciones la memoria de los hombres de la revolución del 18 de marzo de 1871.

A finales de mayo volverá a llevar coronas de flores a las tumbas de los communards fusilados, víctimas de la terrible "Semana de Mayo", y ante ellas volverá a jurar que luchará sin descanso hasta el total triunfo de sus ideas, hasta dar cabal cumplimiento a la obra que ellos le legaron.

¿Por qué el proletariado, no sólo francés, sino el de todo el mundo, honra a los hombres de la Comuna de París como a sus predecesores? ¿Cuál es la herencia de la Comuna?

La Comuna surgió espontáneamente, nadie la preparó de modo consciente y sistemático. La desgraciada guerra con Alemania, las privaciones durante el sitio, la desocupación entre el proletariado y la ruina de la pequeña burguesía, la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades, que habían demostrado una incapacidad absoluta, la sorda

efervescencia en la clase obrera, descontenta de su situación y ansiosa de un nuevo régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional, que hacía temer por el destino de la República, todo ello y otras muchas causas se combinaron para impulsar a la población de París a la revolución del 18 de marzo, que puso inesperadamente el poder en manos de la Guardia Nacional, en manos de la clase obrera y de la pequeña burguesía, que se había unido a ella.

Fue un acontecimiento histórico sin precedentes. Hasta enton-

ces, el poder había estado, por regla general, en manos de los terratenientes y de los capitalistas, es decir, de sus apoderados, que constituían el llamado gobierno. Después de la revolución del 18 de marzo, cuando el gobierno del señor Thiers huyó de París con sus tropas, su policía y sus funcionarios, el pueblo quedó dueño de la situación y el poder pasó a manos del proletariado. Pero en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado en lo económico por el capital, no puede dominar políticamente si no rompe las cadenas que lo atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de las bases mismas del régimen social contemporáneo.

Al principio se trató de un movimiento muy heterogéneo y confuso. Se adhirieron a él los patriotas, con la esperanza de que la Comuna reanudaría la guerra contra los alemanes, llevándola a un venturoso desenlace. Los apoyaron asimismo los pequeños tenderos, en peligro de ruina si no se aplazaba el pago de las deudas vencidas de los alquileres (aplazamiento que les negaba el gobierno, pero que la Comuna les concedió). Por último, en un comienzo también simpatizaron en cierto grado con él los republicanos burgueses, temerosos de que la reaccionaria Asamblea Nacional (los "rurales", los salvajes terratenientes) restablecieran la monarquía. Pero el papel fundamental en este movimiento fue desempeñado, naturalmente, por los obreros (sobre todo, los artesanos de París), entre los cuales se había realizado en los últimos años del Segundo Impe-

rio una intensa propaganda socialista, y que inclusive muchos de ellos estaban afiliados a la Internacional.

Sólo los obreros permanecieron fieles a la Comuna hasta el fin. Los burgueses republicanos y la pequeña burguesía se apartaron bien pronto de ella: unos se asustaron por el carácter socialista revolucionario del movimiento, por su carácter proletario; otros se apartaron de ella al ver que estaba condenada a una derrota inevitable. Sólo los proletarios franceses apoyaron a su gobierno, sin temor ni desmayos, sólo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para los trabajadores.

Abandonada por sus aliados de ayer y sin contar con ningún apoyo, la Comuna tenía que ser derrotada inevitablemente. Toda la burguesía de Francia, todos los terratenientes, corredores

de bolsa y fabricantes, todos los grandes y pequeños ladrones, todos los explotadores, se unieron contra ella. Con la ayuda de Bismarck (que dejó en libertad a 100.000 soldados franceses prisioneros de los alemanes para aplastar al París revolucionario), esta coalición burguesa logró enfrentar con el proletariado parisiense a los campesinos ignorantes y a la pequeña burguesía de provincias, y rodear la mitad de París con un círculo de hierro (la otra mitad había sido cercada por el ejército alemán). En algunas grandes ciudades de Francia (Marsella, Lyon, Saint-Etienne, Dijon y otras) los obreros también intentaron tomar el poder, proclamar la Comuna y acudir en auxilio de París, pero estos intentos fracasaron rápidamente. Y París, que había sido la primera en enarbolar la bandera de la insurrección proletaria, quedó abandonada a sus propias fuerzas y condenada a una muerte cierta.



LA COMMUNE arrêtée par l'IGNORANCE et la RÉACTION

Para que una revolución social pueda triunfar, necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 se carecía de ambas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, y Francia era entonces, en lo fundamental, un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, y la clase obrera no estaba preparada ni había tenido un largo adiestramiento, y en su mayoría ni siquiera comprendía con claridad cuáles eran sus fines ni cómo podía alcanzarlos. No había una organización política seria del proletariado, ni fuertes sindicatos, ni sociedades cooperativas...

Pero lo que le faltó a la Comuna fue, principalmente tiempo, posibilidad de darse cuenta de la situación y emprender la realización de su programa. No había tenido tiempo de iniciar la tarea cuando el gobierno, atrincherado en Versalles y apoyado por toda la burguesía, inició las operaciones militares contra París. La Comuna tuvo que pensar ante todo en su propia defensa. Y hasta el final mismo, que sobrevino en la semana del 21 al 28 de mayo, no pudo pensar con seriedad en otra cosa.

Sin embargo, pese a esas condiciones tan desfavorables y a la brevedad de su existencia, la Comuna adoptó algunas medidas que caracterizan suficientemente su verdadero sentido y sus objetivos. La Comuna sustituyó el ejército regular, instrumento ciego en manos de las clases dominantes, y armó a todo el pueblo; proclamó la separación de la Iglesia del Estado; suprimió la subvención del culto (es decir, el

suelo que el Estado pagaba al clero) y dio un carácter estrictamente laico a la instrucción pública, con lo que asestó un fuerte golpe a los gendarmes de sotana. Poco fue lo que pudo hacer en el terreno puramente social, pero ese poco muestra con suficiente claridad su carácter de gobierno popular, de gobierno obrero: se prohibió el trabajo nocturno en las panaderías; fue abolido el sistema de multas, esa explotación consagrada por ley de que se hacía víctima a los obreros; por último, se promulgó el famoso decreto en virtud del cual todas las fábricas y todos los talleres abandonados o paralizados por sus dueños eran entregados a las cooperativas obreras, con el fin de reanudar la producción. Y para subrayar, como si dijéramos, su carácter de gobierno auténticamente democrático y proletario, la Comuna dispuso que la remuneración de todos los funcionarios administrativos y del gobierno no fuera superior al salario normal de un obrero, ni pasara en ningún caso de los 6.000 francos al año (menos de 200 rublos mensuales).

Todas estas medidas mostraban elocuentemente que la Comuna era una amenaza mortal para el viejo mundo, basado en la opresión y la explotación. Esa era la razón de que la sociedad burguesa no pudiera dormir tranquila mientras en el ayuntamiento de París ondeara la bandera roja del proletariado. Y cuando la fuerza organizada del gobierno pudo, por fin, dominar a la fuerza mal organizada de la revolución, los generales bonapartistas, esos generales batidos por los alemanes y valientes ante sus compatriotas vencidos, esos Rénenkampf y Meller-Zakomielski franceses, hicieron una matanza como París jamás ha-

bía visto. Cerca de 30.000 parisienses fueron muertos por la soldadesca desenfundada; unos 45.000 fueron detenidos y muchos de ellos ejecutados posteriormente; miles fueron los deserrados o condenados a trabajar forzados. En total, París perdió cerca de 100.000 de sus hijos, entre ellos a los mejores obreros de todos los oficios.



La comuna devuelve las herramientas empeñadas a los trabajadores durante el asedio.



París durante la Comuna, Le Monde Illustré, mayo de 1871.



Hôtel de Ville durante la Comuna, de Alfred Darjou, en L'Illustration.

La burguesía estaba contenta. “¡Ahora se ha acabado con el socialismo para mucho tiempo!”, decía su jefe, el sanguinario enano Thiers, cuando él y sus generales ahogaron en sangre la sublevación del proletariado de París. Pero esos cuervos burgueses graznaron en vano. Después de seis años de haber sido aplastada la Comuna, cuando muchos de sus luchadores se hallaban aún en presidio o en el exilio, se iniciaba en Francia un nuevo movimiento obrero. La nueva generación socialista, enriquecida con la experiencia de sus predecesores, cuya derrota no la había desanimado en absoluto, recogió la bandera que había caído de las manos de los luchadores de la Comuna y la llevó adelante con firmeza y audacia, al grito de “¡Viva la revolución social, viva la Comuna!” Y tres o cuatro años más tarde, un nuevo partido obrero y la agitación levantada por éste en el país obligaron a las clases dominantes a poner en libertad a los communnards que el gobierno aún mantenía presos.

La memoria de los luchadores de la Comuna es honrada no sólo por los obreros franceses, sino también por el proletariado de todo el mundo, pues aquella no luchó por un objetivo local o estrechamente nacional, sino por la emancipación de toda la humanidad trabajadora, de todos los humillados y ofendidos. Como combatiente de vanguardia de la revolución social, la Comuna se ha ganado la simpatía en todos los lugares donde sufre y lucha el proletariado. La epopeya de su vida y de su muerte, el ejemplo de un gobierno obrero que conquistó y retuvo en sus manos durante más de dos meses la Capital del mundo, el espectáculo de la heroica lucha



Dstrucción de la Columna Vendôme durante la Comuna de París.



Guardias nacionales en una barricada de Belleville, el 18 de marzo de 1871.

del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo esto ha levantado la moral de millones de obreros, alentado sus esperanzas y ganado sus simpatías para el socialismo. El tronar de los cañones de París ha despertado de su sueño profundo a las capas más atrasadas del proletariado y ha dado en todas partes un impulso a la propaganda socialista revolucionaria. Por eso no ha muerto la causa de la Comuna, por eso sigue viviendo hasta hoy día en cada uno de nosotros.

La causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal

Fuente:

V. I. Lenin (1911): En memoria de la Comuna. (2000). marxists.org. <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/15-iv-11.htm>

03

Las lecciones de la Comuna

León Trotsky (1921)



Cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias ulteriores, tanto la revolución rusa como la alemana y la húngara. La guerra franco-alemana fue una explosión sangrienta que presagiaba una inmensa carnicería mundial, la Comuna de París fue como un relámpago, el anuncio de una revolución proletaria mundial.

La Comuna nos mostró el heroísmo de las masas obreras, su capacidad para unirse como un

bloque, su virtud para sacrificarse por el futuro... Pero al mismo tiempo puso de manifiesto la incapacidad de las masas para encontrar su camino, su indecisión para dirigir el movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos permitiendo de este modo que el enemigo se recupere y retome sus posiciones.

La Comuna llegó demasiado tarde. Tuvo todas las posibilidades para tomar el poder el 4 de septiembre, lo que hubiera permitido al proletariado de París ponerse a la cabeza de todos los

trabajadores del país en su lucha contra las fuerzas del pasado, tanto contra Bismarck como contra Thiers. Pero el poder cayó en manos de los charlatanes democráticos, los diputados de París. El proletariado parisino no tenía ni un partido ni jefes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por anteriores luchas. Los patriotas pequeño burgueses, que se creían socialistas y buscaban el apoyo de los obreros, carecían por completo de confianza en ellos. No hacían más que socavar la confianza del proletariado en sí mismo, buscando continuamente abogados

célebres, periodistas, diputados, cuyo único bagaje consistía en una docena de frases vagamente revolucionarias, para confiarles la dirección del movimiento.

La razón por la que Jules Favre, Picard, Garnier-Pagès y Cia tomaron el poder en París el 4 de septiembre es la misma que permitió a Paul-Boncour, A. Varenne, Renaudel y otros muchos hacerse durante un tiempo los amos del partido del proletariado.

Por sus simpatías, sus hábitos intelectuales y su comportamiento, los Renaudel y los Boncour, e incluso los Longuet y Pressemane, están mucho más cerca de Jules Favre y de Jules Ferry que del proletariado revolucionario. Su fraseología socialista no es más que una máscara histórica que les permite imponerse a las masas. Y justamente porque Favre, Simon, Picard y los demás abusaron de la fraseología democrático-liberal, sus hijos y sus nietos tuvieron que recurrir a la fraseología socialista. Pero se trata de hijos y nietos dignos de sus padres, continuadores de su obra. Y cuando se trate de decidir no la composición de una camarilla ministerial sino qué clase debe tomar el poder, Renaudel, Varenne, Longuet y sus semejantes estarán en el campo de Millerand -colaborador de Gallifet, el verdugo de la Comuna... Cuando los charlatanes reaccionarios de los salones y del Parlamento se encuentran cara a cara, en la vida, con la Revolución, no la reconocen nunca.

El partido obrero -el verdadero- no es un instrumento de maniobras parlamentarias, es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Sólo con la ayuda del partido, que se apoya en toda su historia pasada, que prevé teóricamente la dirección que

tomarán los acontecimientos, sus etapas, y define las líneas de actuación precisas, puede el proletariado liberarse de la necesidad de recomenzar constantemente su historia: sus dudas, su indecisión, sus errores.

Sólo con la ayuda del partido puede el proletariado liberarse de la necesidad de recomenzar constantemente su historia.”

El proletariado de París carecía de un tal partido. Los socialistas burgueses, de los que estaba llena la Comuna, elevaban los ojos al cielo esperando un milagro o una palabra profética, dudaban y durante ese tiempo, las masas andaban a tientas, desorientadas a causa de la indecisión de unos y la franqueza de otros. El resultado fue que la Revolución estalló en medio de ellas demasiado tarde. París estaba cercado.

Pasaron seis meses antes de que el proletariado recuperase el recuerdo de las revoluciones anteriores, de sus lecciones, de los combates anteriores, de las reiteradas traiciones de la democracia, y tomara el poder.

Estos seis meses fueron una pérdida irreparable. Si en septiembre de 1870, se hubiera encontrado a la cabeza del proletariado francés el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella toda la historia de la humanidad, hubiera tomado otra dirección.

Si el 18 de marzo el poder pasó a manos del proletariado de París, no fue porque éste se apoderase de él conscientemente, sino porque sus enemigos habían abandonado la capital.

Estos últimos iban perdiendo terreno constantemente, los obreros los despreciaban y detestaban, habían perdido la confianza de la pequeña burguesía y los grandes burgueses temían que ya no fueran capaces de defenderlos. Los soldados estaban enfrentados a sus oficiales. El gobierno huyó de París para concentrar en otra parte sus fuerzas. Entonces el proletariado se hizo el amo de la situación.

Pero no lo comprendió hasta el día siguiente. La Revolución le cayó encima sin que se lo esperase.

Este primer éxito fue una nueva fuente de pasividad. El enemigo había huido a Versalles. ¿Acaso eso no era una victoria? En esos momentos se habría podido aplastar a la banda gubernamental sin apenas efusión de sangre. En París, se habría podido detener a todos los ministros, empujando por Thiers. Nadie habría movido un dedo para defenderlos. No se hizo. No había un partido organizado centralizadamente, capaz de una visión de conjunto sobre la situación y con órganos especiales para ejecutar las decisiones.

Los restos de la infantería no querían retroceder hacia Versalles. El vínculo que ligaba oficiales y soldados era muy débil. Y si hubiera existido en París un centro dirigente de partido, habría introducido entre las tropas en retirada -puesto que había posibilidad de retirada- algunos centenares o al menos unas decenas de obreros leales, a los que se les habrían dado instrucciones para alimentar el descontento de los soldados contra los oficiales y aprovechar el primer momento psicológico favorable para liberar a la tropa de sus mandos y conducirla a París para unirse al pueblo. Habría sido fácil hacer

esto, según confesaron incluso los partidarios de Thiers. Pero nadie lo pensó. No había nadie que pensara. En los grandes acontecimientos, por otra parte, tales decisiones sólo puede tomarlas un partido revolucionario que espera una revolución, se prepara, se mantiene firme, un partido que está habituado a tener una visión de conjunto y no tiene miedo a la acción.

Y precisamente el proletariado francés carecía de partido de combate.

El Comité central de la Guardia nacional era, de hecho, un Consejo de Diputados de los obreros armados y de la pequeña burguesía. Un tal Consejo elegido directamente por las masas que han entrado en el camino de la revolución, representa una excelente estructura ejecutiva. Pero al mismo tiempo, y justamente a causa de su ligazón inmediata y elemental con unas masas que se encuentran tal y como las encontró la revolución, refleja no sólo los puntos fuertes de masas sino también sus debilidades, y refleja antes las debilidades: manifiesta indecisión, tendencia a la inactividad tras los primeros éxitos.

El Comité central de la Guardia nacional necesitaba ser dirigido. Era indispensable disponer de una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y estuviese presente por todas partes -no solo en el Comité central, sino en las legiones, en los batallones, en las capas más profundas del proletariado francés. Por medio de los Consejos de Diputados, -que en este caso eran órganos de la Guardia nacional- el partido habría podido estar continuamente en contacto con las masas, pulsando así su estado de ánimo; su centro

dirigente habría podido lanzar diariamente una consigna que los militantes del partido habrían podido difundir entre las masas, uniendo su pensamiento y su voluntad.

“Era indispensable disponer de una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y estuviese presente por todas partes.”

Apenas el gobierno hubo retrocedido sobre Versalles, la Guardia nacional se apresuró a declinar toda responsabilidad, precisamente cuando esta responsabilidad era enorme. El comité central imaginó elecciones «legales» a la Comuna. Entabló conversaciones con los concejales de París para cubrirse, por la derecha, con la «legalidad».

Si al mismo tiempo se hubiera preparado un violento ataque contra Versalles, las conversaciones con los ediles hubieran significado una astucia militar plenamente justificada y acorde con los objetivos. Pero en realidad, estas conversaciones se mantuvieron para intentar que un milagro evitase la lucha. Los radicales pequeño burgueses y los socialistas idealistas, respetando la «legalidad» y a las gentes que encarnaban una parcela de estado «legal», diputados, concejales, etc., esperaban, desde lo más profundo de su corazón, que Thiers se detendría respetuosamente ante el París revolucionario tan pronto como éste se hubiera dotado de una Comuna «legal».

La pasividad y la indecisión se vieron favorecidas en este caso por el principio sagrado de la federación y la autonomía. París, como podéis comprobar, no es más que una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, en todo caso sería la «dictadura del ejemplo».

En resumidas cuentas, esto no fue más que una tentativa para reemplazar la revolución proletaria que se estaba desarrollando por una reforma pequeño burguesa: la autonomía comunal. La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar al proletariado en el Poder en todo el país. París debía servir de base, punto de apoyo, plaza de armas. Para alcanzar este objetivo era preciso derrotar a Versalles sin pérdida de tiempo y enviar por toda Francia agitadores, organizadores, fuerzas armadas. Era necesario entrar en contacto con los simpatizantes, reafirmar a los que dudaban y quebrar la oposición de los adversarios. Pero en lugar de esta política de ofensiva y agresión, la única que podía salvar la situación, los dirigentes de París intentaron limitarse a su autonomía comunal: ellos no atacarían a los demás; si éstos no les atacaban a ellos; cada ciudad debía recuperar el sagrado derecho al auto-gobierno. Este parloteo idealista -una especie de anarquismo mundano- cubría en realidad la cobardía ante una acción revolucionaria que era preciso llevar hasta sus últimas consecuencias, pues, de otro modo, no se hubiera debido empezar...

“La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar

al proletariado en el Poder en todo el país.”

La hostilidad a una organización centralizada -herencia del localismo y autonomismo pequeño burgués- es sin lugar a dudas el punto débil de cierta fracción del proletariado francés. Para algunos revolucionarios, la autonomía de las secciones, de los barrios, de los batallones, de las ciudades, es la suprema garantía de la verdadera acción y de la independencia individual. Pero esto no es más un gran error que costó muy caro al proletariado francés.

Bajo la forma de «lucha contra el centralismo despótico» y contra la disciplina «asfixiante» se libra un combate por la conservación de los diversos grupos y subgrupos de la clase obrera, por sus mezquinos intereses, con sus pequeños líderes de barrio y sus oráculos locales. La clase obrera en su totalidad, aunque conserve la originalidad de su cultura y sus matices políticos, puede actuar con método y firmeza, sin ir a remolque de los acontecimientos y dirigiendo sus golpes mortales contra los puntos débiles del enemigo, a condición de que esté liderada, por encima de barrios, secciones y grupos, por un aparato centralizado y cohesionado por una disciplina de hierro. La tendencia hacia el particularismo, cualquiera que se su forma, es una herencia de un pasado muerto. Cuanto antes se libere de ella el comunismo francés - comunismo socialista y comunismo sindicalista-, mejor será para la revolución proletaria.

El partido no crea la revolución a su gusto, no escoge según le convenga el momento para to-

mar el poder, pero interviene activamente en todas las circunstancias, pulsa en todo momento el estado de ánimo de las masas y evalúa las fuerzas del enemigo, determinando así el momento propicio para la acción definitiva. Esta es la más difícil de sus tareas. El partido no cuenta con una solución que valga para todos los casos. Necesita una teoría justa, un estrecho contacto con las masas, una acertada comprensión de la situación, una visión revolucionaria y una gran decisión.

“Cuando más profundamente penetra un partido revolucionario en todas las esferas de la lucha y cuanto más cohesionado está en torno a un objetivo y por la disciplina, mejor y más rápidamente puede llevar a cabo su misión.”

La dificultad consiste en ligar estrechamente esta organización de partido centralizado, soldado interiormente por una disciplina de hierro, con el movimiento de las masas, con sus flujos y reflujos. No se puede conquistar el poder sin una poderosa presión revolucionaria de las masas trabajadoras. Pero, en esta acción, el elemento preparatorio es inevitable. Y cuanto mejor comprenda el partido la coyuntura y el momento, mejor preparadas estarán las bases de apoyo, mejor repartidas estarán las fuerzas y sus objetivos, más seguro será el éxito y menos víctimas costará. La correlación entre una acción cuidadosamente preparada

y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

La Comuna tuvo también la posibilidad de apoderarse de los regimientos, incluso aquellos formados por unos campesinos que habían perdido totalmente la confianza y el aprecio por el poder y sus mandos. Sin embargo no hizo nada en este sentido. La culpa no hay que achacársela a las relaciones entre los campesinos y la clase obrera, sino a la estrategia revolucionaria.

La cuestión de la electividad de los mandos fue uno de los motivos del conflicto entre la Guardia nacional y Thiers. París rehusó aceptar el mando que había designado Thiers. Varlin formuló inmediatamente la reivindicación de que todos los mandos de la Guardia nacional, sin excepción, fueran elegidos por los propios guardias nacionales. Ese fue el principal apoyo del Comité central de la Guardia Nacional.

Esta cuestión debe ser considerada desde dos perspectivas: la política y la militar.

Ambas están relacionadas entre sí, pero es preciso distinguirlas. La tarea política consistía en depurar la Guardia nacional de los mandos contrarrevolucionarios. El único medio para conseguirlo era la total electividad, ya que la mayoría de la Guardia nacional estaba compuesta de obreros y pequeño burgueses revolucionarios. Más aún, la divisa de electividad debía ampliarse también a la infantería. De un solo golpe Thiers se hubiera visto privado de su principal arma, la oficialidad contrarrevolucionaria. Pero para realizar este plan al proletariado le faltaba un partido, una organización que dispusiera de adeptos

en todas las unidades militares. En una palabra, la electividad, en este caso, no tenía como objetivo inmediato dotar a los batallones de mandos adecuados, sino liberarlos de los mandos adictos a la burguesía. Hubiera sido como una cuña para dividir el ejército en dos partes, a lo largo de una línea de clase. Así sucedieron las cosas en Rusia en la época de Kerensky, sobre todo en vísperas de Octubre.

Pero cuando el ejército se libera del antiguo aparato de mando inevitablemente se produce un debilitamiento de la cohesión en sus filas y la disminución de su espíritu de combate. El nuevo mando elegido es a menudo bastante débil en el terreno técnico-militar y en lo tocante al mantenimiento del orden y la disciplina. De manera que cuando el ejército se libera del viejo mando contrarrevolucionario que lo oprimía, surge la cuestión de dotarle de un mando revolucionario capaz de cumplir su misión. Y este problema no puede ser resuelto por unas simples elecciones. Antes que la gran masa de soldados pudiera adquirir la suficiente experiencia para seleccionar a sus mandos la revolución sería aplastada por el enemigo, que ha aprendido a escoger sus mandos durante siglos. Los métodos de democracia informe (la simple electividad) deben ser completados, y en cierta medida reemplazados, por medidas de cooptación. La revolución debe crear una estructura compuesta de organizadores experimentados, seguros, merecedores de una confianza absoluta, dotada de plenos poderes para escoger, designar y educar a los mandos. Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, son aún diez veces más

peligrosos para el ejército. Nos lo demostró el ejemplo trágico de la Comuna.

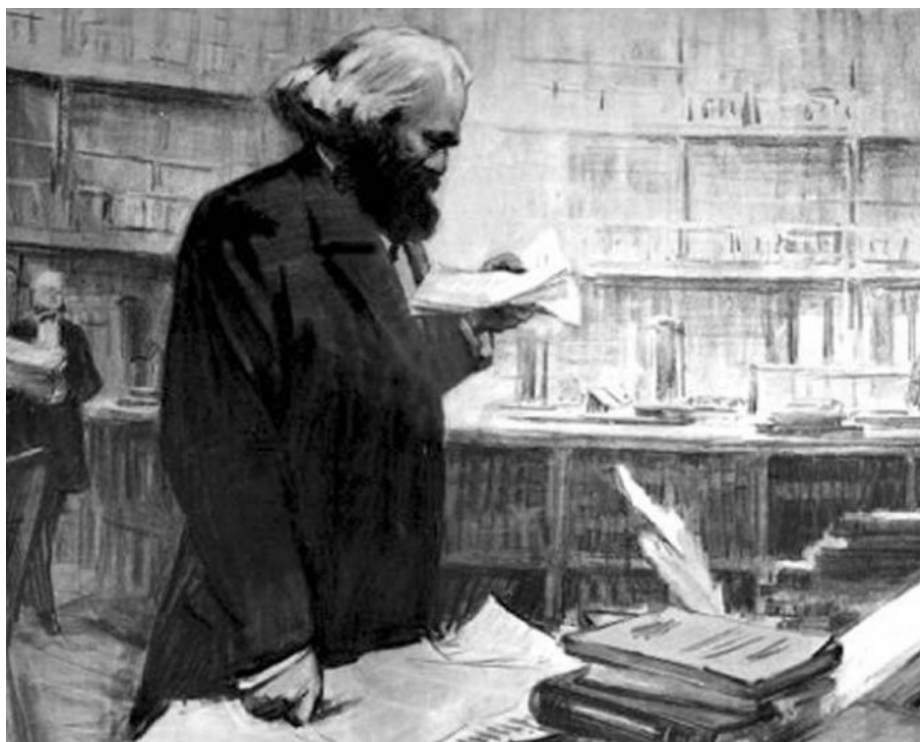
El Comité central de la Guardia nacional basaba su autoridad en la electividad democrática. Pero cuando tuvo necesidad de desplegar al máximo su iniciativa en la ofensiva, sin la dirección de un partido proletario, perdió el rumbo y se apresuró a transmitir sus poderes a los representantes de la Comuna, que necesitaba una base democrática más amplia. Y jugar a las elecciones fue un gran error en ese momento. Pero una vez celebradas las elecciones y reunida la Comuna, hubiera sido preciso que ella misma creara un órgano que concentrara el poder real y reorganizara la Guardia nacional. Y no fue así. Junto a la Comuna elegida estaba el Comité central, cuyo carácter electivo le confería una autoridad política gracias a la cual podía enfrentarse a aquélla. Al mismo tiempo se veía así privado de la energía y firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares que, tras la organización de la Comuna, justificaban su existencia. La electividad, los métodos democráticos no son más que una de las armas de las que dispone el proletariado y su partido. La electividad no puede ser de ningún modo un fetiche, un remedio contra todos los males. Es necesario combinarla con las designaciones. El poder de la Comuna procedía de la Guardia nacional elegida. Pero una vez creada, la Comuna hubiera debido reorganizar toda la Guardia nacional con mano firme, dotarla de mandos seguros e instaurar un régimen disciplinario muy severo. La Comuna no lo hizo, privándose por ello de un poderoso centro dirigente revolucionario. Por ello fue aplastada. Podemos hojear página por página toda la historia de la Co-

munal y encontraremos una sola lección: es necesaria la enérgica dirección de un partido. El proletariado francés se ha sacrificado por la Revolución como ningún otro lo ha hecho. Pero también ha sido engañado más que otros. La burguesía lo ha deslumbrado muchas veces con todos los colores del republicanism, del radicalismo, del socialismo, para cargarlo con las cadenas del capitalismo. Por medio de sus agentes, sus abogados y sus periodistas, la burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.

El temperamento del proletariado francés es como una lava revolucionaria. Pero por ahora está recubierta con las cenizas del escepticismo, resultado de muchos engaños y desencantos. Por eso, los proletarios revolucionarios de Francia deben ser más severos con su partido y denunciar inexcusablemente toda disconformidad entre las palabras y los hechos. Los obreros franceses necesitan una organización para la acción, fuerte como el acero, con jefes controlados por las masas en cada nueva etapa del movimiento revolucionario.

“La burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.”

¿Cuánto tiempo nos concederá la historia para prepararnos? No lo sabemos. Durante cincuenta años la burguesía francesa ha mantenido el poder en sus manos, tras haber erigido la Tercera República sobre los cadáveres de los comuneros. A los luchadores del 71 no les faltó heroísmo. Lo que les faltaba era claridad en el método y una organización dirigente centralizada. Por ello fueron derrotados. Y ha transcurrido medio siglo antes de que el proletariado francés pueda plantearse vengar la muerte de los comuneros. Pero ahora intervendrá de manera más firme, más concentrada. Los herederos de Thiers tendrán que pagar la deuda histórica, íntegramente.



04.

La batalla de Marx

POR GANAR A LA PRIMERA INTERNACIONAL
PARA EL COMUNISMO

Francesco Ricci

El hito de la Comuna de París

La Comuna fue, según la definición de Marx: “un punto de partida histórico universal”.

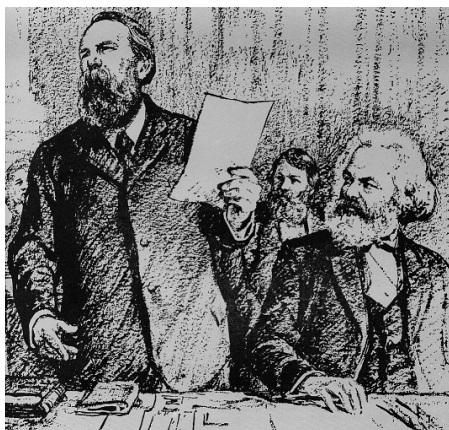
Al escribir estas palabras en una carta, Marx no podía imaginar cómo efectivamente la Comuna de París mudaría el curso histórico, siendo también la principal fuente de inspiración para los bolcheviques de Lenin y Trotsky que, precisamente estudiando a fondo la Comuna se prepararon para Octubre de 1917. Bastaría recordar que las “Cartas de lejos” con las que Lenin reorientó a su propio partido después de febrero de 1917, así como también el libro *El Estado y la Revolu-*

ción (que saldrá enseguida después de la toma del poder pero que fue escrito en el curso de los acontecimientos y resume toda la orientación leninista) están literalmente imbuidos de la experiencia de la Comuna. No exageraba tampoco Trotsky cuando escribió (en *Lecciones de Octubre*) que sin el estudio de la Comuna “nunca habríamos dirigido la revolución”.

Pero los efectos de la Comuna se hicieron sentir también en tiempos más breves: fue de hecho sobre la base de la experiencia práctica de los obreros parisinos que al interior del movimiento

revolucionario internacional se pudieron adquirir algunas enseñanzas fundamentales que Marx y Engels supieron nuclear y sobre las cuales desarrollaron su batalla en los últimos años de la AIT, en particular en la Conferencia de Londres, que se realizó pocos meses después de la Comuna (setiembre de 1871) y en el Congreso de La Haya del año siguiente.

La principal enseñanza que la Comuna ofreció al proletariado en todo el mundo fue sobre la necesidad de que la clase obrera condujera una acción política independiente volcada al derroca-



Friedrich Engels y Karl Marx en el Congreso de La Haya (1872).

miento por la vía revolucionaria (“rompiendo” el Estado burgués) del dominio capitalista; que sobre las ruinas del Estado burgués los revolucionarios edificasen su propio dominio (la dictadura del proletariado). Pero, sobre todo, la Comuna enseñó que sin partido revolucionario (o mejor, como demostramos en nuestro ensayo citado, disponiendo solo de un embrión de partido revolucionario, el Comité Central de los Veinte Distritos; dado que, por cierto, la Comuna –no importa qué anarquistas de todos los tiempos lo digan– no fue un hecho «espontáneo») esta gigantesca tarea de emancipación humana no era (y no es) posible.

La AIT y sus secciones en Francia no fueron ese partido. Es verdad, la AIT participó en primera fila en todo el proceso revolucionario: desde la elaboración del Discurso (escrito por Marx) sobre la guerra franco-prusiana, guerra que tuvo la función de detonar aquella revolución contraponiendo la clase obrera armada a la burguesía de Francia y Prusia unidas contra los obreros (no obstante la guerra), pasando por el convencido apoyo brindado a los comuneros después de la insurrección del 18 de marzo de 1871 y las preciosas indicaciones

y sugerencias que Marx brindó a los dirigentes de la Comuna más cercanos a él, hasta la batalla que libró el AIT, con Marx a la cabeza, para oponerse a la represión y la tempestad de calumnias que la burguesía internacional desató contra aquellos obreros que, por primera vez en la historia, habían osado derrocar su dominio y habían tomado en sus propias manos (aunque solo sea por unas pocas semanas) todo el poder.

Pero si la sección francesa tuvo un papel importante (la mayoría de los dirigentes comuneros pertenecía al AIT), las posiciones de los marxistas reales estaban en extrema minoría en Francia. Eran dos dirigentes enviados directamente por Marx a París: Serrailier y Elisabeth Dmitrieff (esta última fundó y dirigió la Unión de Mujeres – ver el ensayo de Laura Sguazzabia en este mismo especial); y luego había otros tres o cuatro cuadros en estrecha relación con el gran revolucionario alemán: entre ellos, el obrero de origen húngaro Leo Frankel (que encabezó la Comisión de Trabajo de la Comuna) y el gran Eugene Varlin, principal dirigente de la AIT después de la decadencia del grupo de Tolain (este último, mientras tanto, elegido para la Asamblea Nacional, se puso del lado de la burguesía contra la Comuna, sin renunciar a su escaño parlamentario entre los asesinos de la Comuna; y por ello fue expulsado de la sección francesa y luego también del AIT).

Varlin jugará un papel central en la Comuna. Además de ser un «ministro» de la Comuna (primero de Finanzas y luego de Subsistencia), será elegido en el Comité Central de la Guardia Nacional (que conducirá el 18 de marzo a ocupar la Place Vendôme), inspi-

rá la Sección de la AIT, dirigirá el trabajo de la Cámara Sindical, estará entre los dirigentes de un embrión de partido revolucionario llamado Delegación de los Veinte Distritos (distritos eran los barrios o arrondissements en los que se divide París).

Pero Varlin no era marxista; aunque de origen proudhonista evolucionó cada vez más hacia concepciones marxistas. Vio en la clase obrera el sujeto revolucionario (y ya eso lo alejaba de Bakunin, que intentó en vano ganarlo para su corriente). Como delegado de Finanzas, Varlin chocó con los proudhonistas sobre la actitud a tomar para con el Banco Nacional, del que (siguiendo en esto a Marx) habría querido que la Comuna se hiciera cargo.

Si hubiera habido más tiempo, si la Comuna no hubiera sido rápidamente estrangulada por la burguesía, con toda probabilidad un partido inspirado en las posiciones de Marx, un partido revolucionario de vanguardia, podría haberse construido y fortalecido. Esto habría evitado los numerosos errores fatales cometidos por los comuneros[19].

Pero no fue así. La Comuna fue ahogada en sangre por la bárbara venganza burguesa. Eugene Varlin, identificado y denunciado por un sacerdote, fue fusilado en Montmartre el 28 de mayo de 1871, tras ser el último comandante de las barricadas obreras.

Pero si la Comuna fue derrotada, su sacrificio no fue en vano. Marx y Engels aprovecharon la gran lección que derivó de ella para asestar el último golpe a los adversarios del comunismo revolucionario. Así es como la AIT comenzó su declive.

05.

Las Pétroleuses: LAS MUJERES QUE “INCENDIARON” LA COMUNA

Laura Sguazzabia



Esta es una imagen creada por la burguesía reaccionaria, para la cual las *communards* eran mujeres misóginas enloquecidas, golfas sanguinarias y fanáticas incendiarias que, en los últimos días de la Comuna, con sus hijos inocentes sobre los hombros, habrían incendiado grandes predios de París. Con esta invención, la burguesía intentó esconder lo que realmente ocurrió, o sea, que decenas de miles de proletarios, mujeres y niños fueron masacrados en un mar de sangre, presos, y deportados en condiciones inhumanas.

En aquella extraordinaria experiencia revolucionaria que fue

la Comuna parisina, por primera vez en la historia de las sociedades modernas asistimos a una masiva intervención de las mujeres en la escena política, también a través de una participación activa en la vida económica y en la lucha armada. Durante la Comuna, millares de mujeres de la clase trabajadora y algunas intelectuales conquistadas para las ideas socialistas fueron ejemplo de coraje y devoción, así como heraldos de ideas innovadoras.

Esta es, sin duda, la razón por la cual ellas, más que los hombres, fueron punidas y condenadas en Versalles, víctimas también de calumnias infames.

En abril de 2013, la asociación parisina “Los Amigos de la Comuna de París 1871” publicó un pequeño diccionario de las *Communards*, en un intento de sacar de las sombras a las muchas figuras femeninas que “incendiaron” con coraje y pasión los 72 días parisinos.

La lectura de esta breve reseña nos permite comprender la cantidad y la calidad de las acciones de las mujeres en la experiencia parisina y tornar su ejemplo actual en la situación de crisis económica y opresión social a que las mujeres de hoy están sometidas en un grado semejante al de 1871[1].

La condición de las mujeres (y las obreras)



Grabado de la Comuna de París (1871), W Alexis. Traducción: “Yo quiero ser libre, es mi derecho y me defiendo”

Durante el Segundo Imperio, las mujeres eran reducidas a un estado de sumisión total. El código civil de 1804 considera a las mujeres legalmente inferiores y tan dependientes de sus maridos que ellas ni pueden trabajar sin su autorización.

Generalmente menos instruidas que los hombres, aquellas que tienen acceso a la educación frecuentan escuelas para ni-

ñas dirigidas por monjas, donde además de una rígida moralidad cristiana, ellas son enseñadas a tornarse buenas esposas. Además de eso, las mujeres no tienen derecho de voto.

Muchas mujeres trabajan en París, en particular están empleadas en la producción textil industrial: el anuario estadístico de 1871 indica que de 114.000 trabajadores, 62.000 son obre-

ras. Son las primeras víctimas de la industrialización: además de la alienación que de ahí deriva, ellas tienen que enfrentar la competencia de máquinas y la de los conventos, que ofrecen mano de obra a menor costo. Ellas también sufren diariamente preconceptos misóginos de sus colegas de trabajo, inspirados en el pensamiento de Proudhon[2]. Las mujeres trabajan de doce a catorce horas por día, por un salario diario insignificante, entre 50 centavos y 2,5 francos, la mitad que los hombres. Si pensamos que, en la época, un cuarto era alquilado por entre 100 y 200 francos al año, es claro que una mujer sola no podía enfrentar sus propias necesidades, especialmente porque ella muchas veces tenía hijos y familiares ancianos dependientes. En ese contexto, la prostitución asume importantes implicaciones económicas, incluso para las mujeres casadas que podían, por lo tanto, unir sus ingresos con los del marido o compañero: el recurso de la prostitución, muchas veces no puntual, corresponde a lo que ellas llaman “quinto cuarto” de su día.

A pesar de esas condiciones, las mujeres son activas y participan de la vida política. Ya en 1870, durante los acontecimientos franco-prusianos, ellas son presencias numerosas: el 4 de setiembre están entre la multitud que derroca el Imperio y proclama la República; el 8 de setiembre, una manifestación de mujeres frente al Hotel de Ville exige armas para luchar contra los prusianos; el 7 de octubre, las mujeres exigirían el derecho de participar de los puestos avanzados para socorrer a los heridos

(derecho que solo obtienen con la Comuna).

A partir de enero de 1871, algunas organizaciones de mujeres son activadas o reactivadas: son pequeños grupos, como el comité de las ciudadanas, grupos femeninos que intentan hacer valer los derechos de las mujeres, clubes muy activos como el de Madame Allix en el VI barrio, que reúne cerca de 300 adhesiones de mujeres que quieren armarse para ir a luchar en las barricadas.

A través de estas experiencias, las mujeres comprenden que tienen mucho que ganar, principalmente lo que más desean, o sea, el reconocimiento de su dignidad. Ellas tienen total confianza en lo que está ocurriendo y protegen, participando activamente, los cambios que llevarán al nacimiento de la Comuna, desde los primeros días hasta el final sangriento de la experiencia revolucionaria.

En la madrugada del 18 de marzo de 1871, cuando las tropas de Thiers intentan confiscar los cañones de los parisinos, ellas se oponen físicamente dirigiéndose a los soldados que simpatizan con la población y que se recusan a cumplir la orden, dada tres veces por los oficiales, de tirar contra los manifestantes. Edith Thomas escribe que “sería una exageración decir que este día revolucionario fue el de las mujeres, pero ellas contribuyeron decisivamente para eso”[3].

En los días siguientes, París es una gran fiesta popular, cuyo punto culminante es la proclamación de la Comuna, el 28 de marzo. Las mujeres confían en

las resoluciones inmediatamente tomadas que, aunque simples y prácticas, permiten vislumbrar una nueva justicia y, sobre todo, aliviar las aflicciones sufridas por la población parisina, especialmente por las mujeres, durante el largo cerco prusiano. Desde esos primeros días, las mujeres se movilizan socorriendo a los enfermos y necesitados, discutiendo y proponiendo ideas innovadoras, moviéndose siempre con una lógica de clase, no de sexo o género: ellas compren-

den que solo gracias a la revolución social podrán tener garantizados sus derechos.

El 3 de abril de 1871, quinientas mujeres dejan la Place de La Concorde para marchar sobre Versalles. En el puente Grenelle, ellas se juntan con otras setecientas. Los líderes de la Comuna piden que no salgan de París. Frente al anhelo tan revolucionario, surge la necesidad de una organización.

La Unión de Mujeres

Dos organizaciones de mujeres desempeñaron un papel predominante en la Comuna: el Comité de Supervisión de Montmartre, de orientación blanquista, y la Unión de

Mujeres para la Defensa de París y Socorro a los Heridos, de orientación marxista. La Unión, cuyos principios reflejaban la perspectiva revolucionaria del ala marxista de la Primera Internacional, se reveló la más importante formación femenina, agrupando a más de seis mil miembros. Se destacó no solo por su importancia numérica, sino también por su funcionamiento muy riguroso y al mismo tiempo muy democrático. Fue capaz de guiar y organizar el profundo fermento popular entre las mujeres y se tornó el eslabón entre las mujeres de la ciudad y el gobierno de la Comuna.

Ningún otro grupo tuvo una influencia extendida a toda la ciudad y tan duradera, desde su fundación hasta la caída de la Comuna en las barricadas.

El 11 de abril de 1871, el jornal oficial de la Comuna publica una larga “Apelación a las ciudadanas de París”, en la cual, según las firmantes, se sintetizan el espíritu y las aspiraciones de la Comuna. Este texto explica a las mujeres parisinas que la mejor forma de defender lo que ellas aman es luchar contra el enemigo impiadoso. La apelación es seguida de un aviso convidándolas para una reunión aquella misma noche.

Con su primera reunión, la Unión de Mujeres propone al comité ejecutivo de la Comuna que ayude materialmente a la constitución de estructuras en cada consejo distrital, que subsidie la prensa con circulares y carteles y la distribución de avisos. La comisión ejecutiva comienza inmediatamente a implementar las propuestas de la reunión, imprimiendo el texto integral de las directrices de la Unión en el Diario Oficial del 14 de abril, acompañado de un resumen de las decisiones tomadas por la asamblea.

Las directrices destacan cuál era la idea de la Unión de Mujeres sobre el origen de la opresión femenina. El título "operaria" fue puesto al lado de seis de las siete firmantes para indicar su origen proletario. Las directrices se referían a la Comuna como a un gobierno cuyo objetivo final debía ser la abolición de todas las formas de desigualdad social, incluyendo la discriminación contra las mujeres. Fundamentalmente, ellas describían la discriminación de las mujeres como un instrumento para mantener el poder de las clases dominantes.

"La Comuna, que representa el principio de la extinción de todos los privilegios y desigualdades, deberá, por lo tanto, considerar legítimas todas las protestas de

cada sector de la población, sin ninguna discriminación de género, discriminaciones que fueron creadas y perpetuadas para mantener los privilegios de la clase dominante. El éxito de la actual lucha, cuyo objetivo es (...) en último análisis, el de regenerar la sociedad, garantizando el dominio del trabajo y justicia, es tan importante para las mujeres como para los hombres de París".

La organización tiene sede en el 10° distrito. Un comité central compuesto por 20 delegadas nombra una comisión ejecutiva de siete miembros, con la tarea de hacer la conexión con las principales comisiones del gobierno de la Comuna: de esta forma, ellas pueden transmitir de forma eficaz y rápida las re-

vindicaciones de las mujeres al gobierno central.

Cada militante debe contribuir con diez centavos y reconocer la autoridad del comité central de la Unión. Los comités distritales instituidos por la Unión de Mujeres son coordinados por una presidente rotativa, coadyuvada por un comité que puede ser revocado por los militantes.

La comisión ejecutiva está compuesta por cuatro obreras (Nathalie Le Mel, Blanche Lefèvre, Marie Reloupy y Aline Jacquier) y tres mujeres sin profesión (Elisabeth Dmitrieff, Aglaé Jarry, Thérèse Colin). En la práctica, las dos grandes impulsoras de la comisión fueron Nathalie Le Mel y Elisabeth Dmitrieff.



Panfleto de la Unión de Mujeres llamando a la lucha y rechazando la conciliación. 6 de mayo de 1871. Montaje de grupogerminal.org, cartel original de BDIC.

Elisabeth Dmitrieff

Elizaveta Loukinitcha Kouceleva nace el 1 de noviembre de 1851 en una familia noble rusa. Ella recibe una buena educación y es fluente en varios idiomas. Vive en San Petersburgo, donde milita en los círculos socialistas desde muy joven, soñando con la emancipación para ella y para otras mujeres. El casamiento blanco con el coronel Toumanovski le permite ir al exterior. En 1868 emigra a Suiza, donde participa de la fundación de la sección rusa de la Internacional. Delegada en Londres en 1870, frecuenta la familia de Marx, con quien mantiene largas conversaciones: el autor de *El Capital* está empeñado en este período en aprender la lengua rusa. Elizaveta permanece tres meses en Londres, durante los cuales, además de encontrarse con Marx y su familia, puede conocer a sus colaboradores más próximos, en particular a En-

gels, y participar de numerosas reuniones de la Internacional. La única fuente que nos permite conocer, por lo menos en parte, el contenido de esas reuniones es dada por una carta escrita el 7 de enero de 1871 a Marx por Elizaveta, que estaba enferma con bronquitis: la discusión está centrada en la comuna rural rusa.

Marx la envía a París en marzo de 1871, para que sea su corresponsal en los acontecimientos de la Comuna, como representante del Consejo General de la Internacional. Bajo el seudónimo de Dmitrieff, durante la Comuna ella crea la Unión de Mujeres: es miembro del comité ejecutivo de la Unión e idealizadora de un plan de reorganización del trabajo femenino, que fue solo parcialmente implementado. Su acción es tan incisiva que una disposición del comité central

de la organización femenina le concede la ciudadanía parisina, aguardando que la futura República le reconozca el título de ciudadana de la humanidad.

Luego de luchar valientemente con armas en la llamada semana sangrienta, consigue escapar de París, refugiándose primero en Ginebra y después volviéndose a Rusia. Condenada en rebeldía a la deportación, en una prisión fortificada, por e consejo de guerra el 26 de octubre de 1872, fue perdonada en 1880. Entre 1900 y 1902 se muda para Moscú y, a partir de ese momento, las pesquisas históricas se tornan confusas. La fecha de su muerte no es clara, aunque algunas pesquisas de historiadores soviéticos parecen confirmar que ella murió en 1918 en circunstancias poco claras.

Nathalie Lemel

Nathalie Duval, 1827, hace sus primeros estudios en Brest, donde sus padres dirigían un café. Desde los 12 años trabaja como obrera encuadernadora. En 1845 se casó con un colega suyo, Jérôme Lemel, con quien tuvo tres hijos. Son conseguir trabajo, ellos se mudan a París en busca de nuevas oportunidades de trabajo. En la capital, Nathalie aún trabaja como encuadernadora y participa de las huelgas que en 1864 agitaron su gremio. Ella hace del comité de huelga que exigía paridad de salarios para las mujeres y es notada por la policía del régimen que, en un informe, la describe como “una

exaltada que estaba involucrada en política; en las fábricas, ella leía periódicos malos en voz alta; frecuentaba clubes asiduamente”. En 1865 se juntó a la Internacional. En 1868, después de dejar al marido, fundó con otras una cooperativa que cuidaba de la alimentación, llegando a dar trabajo a 8.000 personas, además de un restaurante popular donde trabajaba en la preparación de las refecciones.

Durante la Comuna fundó y dirigió la “Unión de Mujeres para la Defensa de París y el Socorro a los Heridos” con Elisabeth Dmitrieff. Cuando las tropas de

Versalles entran en París, ella lucha en las barricadas al frente de batallón de cerca de cincuenta mujeres y construyen la barricada de la Place Pigalle izando una bandera roja.

Preso el 21 de junio de 1871, fue condenada a la deportación para Nueva Caledonia el 10 de setiembre de 1872. Cuando sus amigos presentaron un pedido de perdón en su nombre, de la prisión de La Rochelle donde está detenida, ella comunica al jefe de la policía de París que desautoriza “a todos aquellos que actúen o vayan a actuar sin mi conocimiento”.

El 24 de agosto de 1873, ella embarcó en el *Virginie* para ser deportada para Nueva Caledonia, donde llegó el 14 de setiembre. Aquí, al mando de los carceleros para separar a los hombres de las mujeres durante el encarcelamiento, ella se recusa a descender del navío y amenaza saltar al mar si la división no es abolida: seguida en la protesta por mu-

chas otras mujeres, consigue que la detención sea común. Durante su prisión, su nombre frecuentemente reaparece en la lista de prisioneros sujeto a sanciones, demostrando que su espíritu indomable no se dobla ni siquiera durante esta pesada experiencia; al contrario de muchos deportados de la Comuna, ella se solidariza con los Kanaki,

que en 1878 se revelan contra los colonizadores franceses.

Luego de la amnistía de 1880, retorna a París, donde consigue un empleo en el jornal *L'Intransigeant*. Pasó los últimos años de su vida en la pobreza y, habiendo quedado ciega, fue acogida, en 1915, en el asilo Ivry, donde falleció en 1921.

Conquistas sociales



Barricada de la Plaza Blanche, defendida por mujeres.

Las mujeres de la Unión pretenden “trabajar juntas por el triunfo de la causa del pueblo”, “golpear y vencer o morir por la defensa de los (...) derechos comunes”. El primer objetivo es, pues, ciertamente el de participar en la defensa de París: para permitir la participación del mayor número de mujeres, la Unión preconiza la utilización de salas para la organización de conferencias[4].

Ellas discuten mucho, incluso sobre decisiones militares que consideran indispensables, por ejemplo, la necesidad de marchar sobre Versalles. Inicialmente, las mujeres consiguen estar presentes en puestos avanzados de combate para crear un servicio de primeros auxilios a los heridos: la Unión de Mujeres recluta a más de mil socorristas que reciben el mismo pago y la misma alimentación que los

guardias nacionales, según el principio de “trabajo igual, salario igual”. En el ámbito familiar, no siempre son bien recibidas y el diario *La Sociale* acostumbra denunciar la misoginia de algunos oficiales o médicos cirujanos que persiguen a mujeres en puestos avanzados. Además de casos aislados, solamente durante la “semana sangrienta”, las mujeres lucha en las barricadas. La formación de depar-

tamentos femeninos era una idea ya cultivada durante el cerco parisino: las “Amazonas del Sena”, una ambiciosa propuesta de batallones femeninos avanzada en 1870 por Félix Belly, no será implementada pero atestigua la necesidad de responder a los pedidos de las mujeres para ser autorizadas a participar en combates armados. Además, hay evidencias históricas de existencia de la “Legión de las Federadas del 12° Distrito”, formada en la primera quincena de mayo, comandada y compuesta exclusivamente por mujeres[5].

Ferozmente, laicistas y anticlericales, como puede verse en algunas intervenciones en las asambleas distritales[6], las mujeres sustituyen a las religiosas en asilos, en orfanatos, en las escuelas y en las prisiones como voluntarias laicas. En este clima madura la convicción de que es preciso actuar también

en la educación de las mujeres y de las jóvenes: una vez constituida la Comisión de Enseñanza, Marguerite Tynare, profesora militante de la Unión y de la Internacional, fue nombrada el 11 de abril “inspectora general de los libros y de los métodos de enseñanza” en escuelas para niñas; su acción está marcada por propósitos innovadores y laicos. Algunas iniciativas habían sido lanzadas en nivel distrital antes de la posesión de Tynare: una “nueva escuela” para niñas se inaugura en el VII barrio con una oficina adyacente, un abrigo para huérfanas y jóvenes mujeres desempleadas; el 26 de marzo surge una Sociedad de la Educación nueva (entre cuyas delegadas constan dos mujeres que vamos a encontrar en las organizaciones femeninas posteriores a la Comuna) que propone una reformulación general de los programas escolares y el uso de métodos pedagógicos

innovadores; por fin, ya funcionan un atelier école para la enseñanza profesional y una escuela de diseño, más conocida como escuela de arte industrial para jóvenes.

El 2 de abril de 1871, la Comuna vota la ley de separación entre Iglesia y Estado: así, en una época en que era inevitable seguir la orden moral impuesta por la Iglesia, se establece el derecho al divorcio y el reconocimiento de la unión libre, como también la pensión de 600 francos a la mujer, casada o compañera, de miembros de la Guardia Nacional fallecidos en combate, y pensión de 365 francos a los hijos legítimos o naturales de los muertos.

La Comuna también prohíbe la prostitución, que es declarada una “forma de explotación comercial de criaturas humanas por otras criaturas humanas”.

La cuestión del trabajo femenino

Muy en breve, sin embargo, la Unión se depara con un problema urgente, a saber, el de la organización del trabajo femenino. Elisabeth Dmitrieff advierte luego del inicio de la Comuna: “en la presencia de los acontecimientos actuales, debido a la miseria creciente en una proporción increíble [...] se debe considerar que el elemento femenino de la población parisina, momentáneamente revolucionario, puede retornar, debido a privaciones continuas, al estado pasivo más o menos reaccionario que el orden social del pasado había creado – un retorno fatal y peligroso para los intereses revolucionarios e internacionales de los pueblos

y, consecuentemente, para la Comuna”. La República ya había organizado el trabajo de las mujeres durante el cerco: 32.000 mujeres recibieron trabajo para confeccionar los uniformes de la Guardia Nacional, pero luego del armisticio, todas las actividades fueron interrumpidas.

A través de las comisiones distritales, las mujeres de la Unión hacen un nuevo catastro de las desempleadas y, por fuerza del decreto de la Cámara Municipal del 16 de abril sobre la requisición de las oficinas abandonadas por los patrones refugiados en Versalles, identifica los lugares a ser utilizados para la creación

de los llamados “ateliers coopératifs”.

El proyecto desarrollado por la Unión de Mujeres y encaminado a la Comisión del Trabajo, previa la creación de una asociación de productores en cada distrito, autónoma pero con reglas coherentes con los principios generales de la Unión, dotada de oficinas, almacenes y encomiendas igualmente repartidas para evitar la competencia; establecía precios de venta y tarifas para las trabajadoras, de acuerdo con el principio de “salarios iguales por número igual de horas”. Las asociaciones productivas elegían internamente dos responsables

y, por medio de la mediación del comité central de la Unión, debían entrar en contacto con las asociaciones del mismo tipo en Francia y en el exterior para estimular la exportación y el intercambio de productos.

La ambición era reorganizar el mercado de trabajo femenino de forma más general, según el modelo ya adoptado con los hombres, de modo que se pudiese “garantizar el producto al productor [...] sacando el trabajo del yugo del capital opresor”; garantizar la gestión de sus negocios a los trabajadores: disminuir la jornada de trabajo; eliminar la competencia entre trabajadores de ambos sexos, pues sus intereses son completamente idénticos; igualar salarios entre los dos sexos (este último pedido encuentra aceptación parcial en la igualdad de salarios de profesores y profesoras, en mayo de 1871).

Inicialmente, el proyecto decía respecto del sector textil (París, en particular, ostentaba una excelente reputación internacional en la producción de ropas), pero debería haberse expandido para todos los sectores profesionales en los cuales las mujeres hubiesen demostrado excelencia. En el corto período de funcionamiento de la Comuna, es también lanzada en el Palacio de la Industria una comisión encargada de organizar el trabajo “libre” de las mujeres asociadas en los ateliers, con la tarea de adquirir materias primas, repartir los ingresos y distribuir el trabajo en los veinte distritos.

Sin embargo, el 6 de mayo de 1871, Leo Frankel[7], jefe de la Comisión del Trabajo, publica un largo informe cuyo sentido puede ser entendido por la siguiente

frase: “El trabajo femenino es el más oprimido, su inmediata reorganización es del todo urgente”. Para tanto, anuncia reunión de todas las corporaciones obreras de ambos sexos y convoca a los representantes de la Unión para la formación de cámaras sindicales que envíen delegadas a la Cámara Federal. El encuentro, que debería ocurrir el 21 de mayo, no acontecerá por la entrada de las tropas de Versalles en París.

La represión

La mayoría de las mujeres que participaron de la Comuna murieron en las barricadas de la “semana sangrienta”, o en enfrentamientos o fusiladas en campo por las tropas de Versalles. Según investigación parlamentaria presentado por el Capitán Briot, más de mil mujeres fueron presas: los motivos de las prisiones intentan justificar una condena criminal.

Juntamente con la acusación de haber participado de las agitaciones de la Comuna, muchas veces son acusadas de rodo o bandidismo, de prostitución por vivir en una relación no sancionada por la Iglesia, de ser exaltadas por haber hablado en público durante las asambleas, de ser incendiarias porque ellas tenían la tarea de distribuir armas y petróleo durante los combates.

Las mujeres presas cruzan París en dirección a Versalles en medio de insultos de la burguesía que vino a asistir el show. Presas en la prisión Chantiers, ellos pasan por condiciones degradantes, jugadas en cubículos llenos de gusanos. La obra de una de

“El trabajo femenino es el más oprimido, su inmediata reorganización es del todo urgente”.

ellas testimonia el horror de esta detención que duró varios meses, pero también la solidaridad con que las reclusas enfrentan la experiencia a pesar de la degradación, de la falta de higiene y de las puniciones arbitrarias[8].

Una vez pronunciadas las sentencias, ellas son transferidas para otras prisiones, donde aguardan el viaje para el período de deportación: 31 mujeres son condenadas a trabajos forzados, 20 a la deportación en una prisión fortificada, 16 a deportación simple. La fragata Virginie parte el 10 de agosto de 1873 (dos años después de la Comuna) y lleva 120 días para tocar la costa de Nueva Caledonia.

Todas esas mujeres pagaron un alto precio en la esperanza de hacer triunfar su ideal de justicia social y de igualdad, luchando en un contexto difícil. Invirtieron todas sus fuerzas, convencidas de que su destino dependía del resultado de la experiencia de la Comuna. Se organizaron en un movimiento y se impusieron en el terreno político, conscientes de que, sola-

mente derribando el sistema de explotación de una clase sobre la otra, el problema de la desigualdad entre los sexos podría ser resuelto.

Con la misma convicción que hoy las mujeres de Siria, Egipto, Túnez, España, Brasil, de todos los lugares del mundo se manifiestan contra la violencia, la violación como arma de guerra, las discriminaciones en el mundo del trabajo, la precariedad, las diferencias salariales, el derecho a la contracepción y al aborto.

En general, todo el artículo está basado en materiales consultados en París en la Asociación Los Amigos de la Comuna de París 1871 y en el centro CERMTRI.



Campo de concentración para mujeres tras la caída de la Comuna

Notas

[1] C. Rey – A Gayat – S. Pepino, Petit dictionnaire des femmes de la Commune [Pequeño diccionario de las mujeres de la Comuna], Editions Le bruits des autres, 2013.

(2) Pierre Joseph Proudhon, filósofo y economista francés, 1809 – 1865. Defendió la idea de que las funciones de las mujeres eran la procreación y el trabajo doméstico, aquella que trabajaba fuera de la casa robaba el empleo del hombre. Llegó a proponer que el marido tuviese el derecho de vida o de muerte sobre la esposa que hubiese desobedecido o tuviese mal carácter, y “demostró”, por medio de una relación aritmética, la inferioridad del cerebro femenino sobre el masculino.

(3) Edith Thomas, Les Pétroleuses [Las Petroleras], Gallimard, 1963.

(4) Después del decreto del 2 de abril de 1871 sobre la separación entre Estado e Iglesia, algunas iglesias son requisadas para servir como locales de reunión para clubes de la ciudad.

(5) El 14 de mayo, un comunicado a los guardias nacionales de la 12ª Legión informa a los soldados: “Un gran ejemplo es dado a ustedes, ciudadanas mujeres heroicas pidieron armas para defender, como todas nosotras, la Comuna y la República... La primera compañía de ciudadanas voluntarias será formada inmediatamente”.

(6) El 15 de mayo, una mujer llamada André, conocida como “Matelassière” por sus habilidades dialécticas, en una reunión del club Ambroise, afirmó que “todos los representantes de la Iglesia deberían ser fusilados en 24 horas [...] No sirve arrestar a los padres [curas], debemos declararlos fuera de la ley para que todo ciudadano pueda matarlos como si matase a un perro rabioso”. El 20 de mayo en Nicolas des Champs, una mujer desconocida propuso, por la defensa de París, la sustitución de los sacos de tierra por los cadáveres de 60.000 curas y 60.000 monjas de la ciudad.

(7) Leo Frankel, 1844 – 1896, político húngaro, miembro de la Internacional desde 1867, representó a la sección alemana en París, donde trabaja como obrero joyero. Durante la experiencia de la Comuna fue miembro de la Guardia Nacional, del Comité Central y presidente de varias comisiones, incluso la de trabajo. Herido en la semana sangrienta en las barricadas, es socorrido por Elisabeth Dmitrieff, se refugió primero en Suiza y después en Inglaterra, mientras en Francia el Consejo de Guerra lo sentenció a la muerte en rebeldía.

(8) Célestine Hardoin, La Détenue de Versailles en 1871 [La Detención de Versailles en 1871], obra reeditada en 2005 por la asociación Les Amis de la Commune de Paris [Los Amigos de la Comuna de París].



Para profundizar, visita el especial 150 años de la Comuna de París en la página web de la Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional: www.litci.org/es